

Segunda
edición



Un viejo maestro de lengua: el refranero



JUAN-PABLO GARCÍA-BORRÓN



Un viejo maestro de lengua: el refranero

Un viejo maestro de lengua: el refranero

JUAN-PABLO GARCÍA-BORRÓN



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Índice

Introducción	9
PRIMERA APROXIMACIÓN	15
Los wellerismos	17
El gusto por denigrar	20
Aire popular de muchos refranes	23
Combinaciones inesperadas	28
Juegos de palabras	32
Humor	37
REFLEXIÓN LINGÜÍSTICA EN EL REFRANERO	41
El refranero, consejero lingüístico	43
Palabras adoradas y palabras aborrecidas	53
Sobre las funciones del lenguaje	56
SOBRE EL PUESTO DE LOS REFRANES EN LA GÉNESIS DE LAS LITERATURAS	61
Algunas ideas de Rodríguez Adrados	63
Fábulas y refranes	70
Un viejo maestro de lengua de nuestro viejo maestro de lengua	80
SOBRE EL PASO DEL RÍO DE LA LITERATURA POR EL CASTELLANO MEDIEVAL ...	91
Buenos tiempos para la épica. Su fijación en la toponimia y en la literatura de la Castilla medieval	94
Hasta el año 1002	98
Abderramán III	100
Al Hakam II	105
Almanzor	107
Hasta el año 1085	115
Hasta el año 1212	121
INVENTARIOS DE REFRANES	131
El refranero negro	134
Otros refranes interesantes	171
Reflexión lingüística en el refranero	230
Bibliografía	471

Introducción

Los protagonistas de este libro son los refranes. Los vamos a estudiar desde diferentes perspectivas, propias sobre todo de un profesor de lengua y de un profesor de literatura, y eso nos dará —espero— información nueva sobre ellos. Pero ellos de por sí, independientemente de lo que deduzcan los estudiosos, nos dan información, a menudo valiosa; y con frecuencia asombrosamente bien formulada. A decir verdad, una ojeada al refranero puede proporcionar al lector el acceso a auténticos hallazgos. A modo de presentación inicial, se me permitirá empezar esta introducción repasando algunos de ellos.

A lo largo de nuestra vida, todos hemos tenido contacto con personas avaras. Este contacto puede llegar a ser deprimente. (En mi familia tuvimos un tío riquísimo cuya casa en el pueblo casi asustaba: las paredes amenazaban ruina. Si te apoyabas en ellas, te llevabas de la visita entre los dedos una mezcla de yeso y mugre. Estuvo invitado varios días en nuestra casa, en Barcelona, siendo yo niño. En ningún momento se le ocurrió, por ejemplo, regalarnos un tebeo a mis hermanos y a mí, que éramos cinco. Cualquiera otro habría pensado que ese era un negocio redondo. Él lo habría considerado un dispendio doloroso, si es que hubiera podido concebir una enormidad semejante.)

Pues bien: partiendo de experiencias tan deprimentes como esa, el refranero ha sabido fabricar pequeñas joyas de observación psicológica humorística. Luis Martínez Kleiser, en su impagable *Refranero general ideológico español*, clasifica las paremias de acuerdo con su sentido. Agrupa, por ejemplo, las que muestran el dolor que supone para algunas personas la simple idea de dar algo. Entre ellas podemos leer:

Hasta las campanas tiemblan cuando dan.

Al dar, hasta el reloj tiembla.

Muerto estará, y aún lo de su entierro regateará.

Ciertas noticias que el lector conoce de sobra inclinan también nuestro ánimo a la depresión. De nuevo el refranero viene en nuestra ayuda, proporcionándonos distancia con su sabia perspectiva, cargada de experiencia:

Administrador que administra y enfermo que se enjuaga, algo traga.

Bajo la rúbrica «Robo» Martínez Kleiser incluye:

Ya que nos lleve el diablo, que sea en coche, y no arrastrando.

Nuestra época lleva la inclinación por la novedad hasta la obsesión. El refranero sabe ver con distancia humorística esta inclinación humana, que como tal no es nada nuevo (convertirla en obligación hasta la tiranía sí es cosa de ahora):

Todas las jarras nuevas hacen el agua muy buena.

Jarrito nuevo, guárdase en el chinero; pasan dos semanas, y por todas partes anda.
El chinero es el armario en que se guardan piezas de porcelana, de cristal, etc.

El refranero sabe llevar el humor hasta los lugares donde uno menos se lo esperaría. En el apartado «Inoportunidad», Martínez Kleiser incluye esta paremia:

Gentil sazón de requiebro, cuando la viuda sale del entierro.

En ocasiones todos parecen saber cómo debemos actuar, y nos agobian dándonos consejos por lo demás contradictorios. Una posible manera de pedir un grado razonable de autonomía puede ser este refrán:

Si parecieres hubiera Dios de esperar, el mundo estaría sin criar.

Los cinco primeros refranes presentados en esta introducción podrían dar la impresión de que el refranero le resta importancia a lo que la tiene. Tal vez, pero otros muchos hacen patente la gravedad de aspectos del mundo en los que no solemos reparar, a veces porque no queremos aceptar su realidad. Hay refranes de una perspicacia muy notable; los hay que tienen la capacidad de penetración de una potente taladradora. El refranero es muy capaz de dejar al lector de piedra con una sola frase.

Maderos han dicha y maderos non: de unos hacen santos y de otros carbón.

De un mismo árbol, tizones y santos.

Guarismo eres y no más; según donde te pongan, así valdrás.

Cada uno está contento con su ojo tuerto.

En el apartado «Vejez», leemos en Martínez Kleiser:

El pago del capacho: a la vejez, quemado.

Todos hemos padecido alguna vez las consecuencias de la hipocresía. También es posible que se las hayamos hecho padecer a otros:

No hay medalla con una sola cara.

Todos hemos experimentado el olvido:

Cristo entre telarañas, ni oraciones ni lámparas.

Los filósofos han escrito observaciones memorables sobre el tiempo, logrando hacernos comprender un poco ese parámetro de nuestras vidas a la vez tan oscuro y tan íntimo. El refranero no se queda atrás con esta intuición:

El tiempo es ropavejero: se lleva los días viejos, los aliña y nos los vende por nuevos.

Ahora bien, a decir verdad, aunque los refranes muestren esta capacidad de convertir en risibles rasgos muy humanos, y de zarandear hasta con rudeza nuestras conciencias, también saben aceptar con una sonrisa todo lo que abriga el universo:

En su sazón y tiempo, hasta lo malo es bueno.

Todo en el mundo tiene su encanto: hasta las penas y el llanto.

La lengua española cuenta con autores que la ennoblecen mucho. No leerlos es perderse mucho de lo que la inteligencia, la sensibilidad y el buen gusto han grabado en y gracias a ella. Uno de esos autores ha creado simples frases que pueden llegar a ser hallazgos memorables para cualquier lector. Ese autor es el pueblo. Su obra, el refranero. No leerla es perderse parte de lo que la inteligencia, la sensibilidad y el buen gusto han grabado en y gracias a la lengua.

Uno de los grandes estudiosos del refranero español ha sido el francés Louis Combet. Su obra merece, tanto como las aludidas en el párrafo anterior, una lectura atenta. Aquí recordaré solo dos ideas que tomo de sus libros. La primera es que los refranes son un universal lingüístico. No se conoce ninguna lengua que no disponga de ellos. Parece, por lo tanto, muy difícil que quien se interese por las lenguas no se interese por ellos. La segunda es que, en Europa, los dos países más ricos en proverbios son España y Rusia. Parece, por lo tanto, difícil interesarse por la cultura española sin interesarse por sus paremias.

Dentro de la lengua, los refranes son elementos curiosos. No son fáciles de clasificar. A primera vista, podríamos decir que son frases. A primera vista. Porque dentro de unas pocas páginas, en el capítulo titulado «Wellerismos», presentaré al lector refranes particularmente divertidos que se componen de varias frases. Y eso no es todo. Los que sí se componen de una sola frase, no presentan una característica que normalmente atribuimos a las frases. Los hablantes solemos pensar que el lenguaje nos dota de una serie de palabras; con ellas nosotros, libremente, construimos frases. Frases nuestras, que no ha formulado nadie antes. Y esta característica no se da en los refranes. Son lo que se llama *discurso repetido*. No se trata de palabras que combina a su gusto el usuario, sino que todas ellas, en bloque, constituyen una frase que el hablante reproduce, enterita, en un momento dado de su actividad lingüística. Esas palabras están aglutinadas, cristalizadas, osificadas en el refrán. En ellas no puedo «intervenir» creativamente, ni siquiera para sustituir un elemento por un sinónimo suyo: no es posible decir «En todas partes hierven habas» ni «Más vale ave en mano que ciento volando». Ni siquiera eso. ¿Dónde está en estas frases la creatividad que se le supone a la actividad lingüística?

Así que los refranes tienen algo de oración, solo algo, y algo de palabra, puesto que deben aparecer en bloque, enteros, como un solo elemento lingüístico. Tienen algo de oración porque son una combinación de palabras con sentido en sí misma; pero no todo, porque no son de construcción libre. Nos vienen ya dados, y en esto se parecen a las palabras.

Examinemos esto mismo con un pequeño cambio de perspectiva. En un sentido, el uso del vocabulario es libre. El usuario combina a su gusto las palabras para construir frases. Ahora bien, en otro sentido no es tan libre. Existe ciertamente la posibilidad de crear palabras; pero en general aceptamos las que nos proporciona el uso. No hay libertad para la nominación de las cosas (o es muy limitada, si se desea que el lenguaje sirva para comunicarse). Las cosas ya tienen un nombre que nos viene dado. En cambio, sí hay libertad para la construcción de frases. Sí..., salvo que existen los refranes, cristalizados, osificados.

Los refranes son frases no libres. Son frases ya construidas como tales en el sistema. (No pertenecen a la técnica libre. Son discurso repetido.) O sea: sí hay frases dadas por el sistema, los refranes, que no son de construcción libre, sino que tienen una existencia común para todos los usuarios. Lógicamente, esto les da una fuerza especial en una importante función del lenguaje: la función cohesionadora del grupo. Los refranes son juicios colectivos. Son juicios (no simples denominaciones), pero colectivos, no individuales.

En mi libro *Semántica de la palabra*, en la lección que trata el significado, vimos que Coseriu escribió que el lenguaje es «aprehensión intersubjetiva del ser». Al afirmar esto, Coseriu pensaba fundamentalmente en el vocabulario, en las palabras. Así por ejemplo las palabras del español me ponen de acuerdo con los demás usuarios de la lengua para referirme al mundo, para despertar un concepto determinado en sus cerebros al pronunciar unos sonidos (o escribirlos): esto es una *página*, esto es

una *letra*, esto es *oscuridad*, esto es *penumbra*... Visto así, los refranes son *aprehensión intersubjetiva de la vivencia*. Si ante este objeto el hablante de español piensa «libro», ante esta o aquella situación podrá pensar «No es oro todo lo que reluce», «No hay peor ciego que el que no quiere ver», «Tanto va el cántaro a la fuente que, al fin, se rompe» o «Poderoso caballero es don Dinero».

Veamos un ejemplo vivido mientras preparaba este libro. En febrero de 2016 los barceloneses empezamos a sufrir unas «huelgas parciales» en el transporte público. El invento disgusta a los usuarios, y algunos conductores de autobús parecen darse cuenta de que la idea no ha sido brillante, ni desde luego popular. Una mañana cojo un autobús que ha llegado con notable retraso. Va llenísimo. Los usuarios subimos y nos estrujamos de una manera poco confesable, nada propia de la ciudad que entusiasmó a Cervantes por la cortesía de sus habitantes. El conductor ha visto ya durante la mañana muchos movimientos sospechosos, y avisa en voz muy alta: «Vigilen bien sus cosas, porque a río revuelto, ganancia de pescadores». El conductor es honrado. Nota que esta situación, además de ser incómodísima para quienes pagamos el billete, crea un caldo de cultivo indeseable. Quiere decirnos que tengamos los ojos bien abiertos, porque dadas las circunstancias de desorden actuales, tramposos y aprovechados van a poder sacar tajada. Y nos lo dice con ese refrán que compartimos, que por supuesto entendemos todos. Hay aquí *aprehensión intersubjetiva de la vivencia*. No compartimos solo un nombre para un objeto (*autobús*, pongamos por caso), sino un refrán para una vivencia: «en este tipo de situaciones de desorden tramposos y aprovechados sacan tajada cómodamente».

En esto, los refranes cumplen una innegable función cognoscitiva.

Y los refranes cumplen también una función estética. Basta para notarlo con leer unos cuantos, pero además veremos más adelante cómo el profesor Rodríguez Adrados señala una y otra vez la presencia de refranes en la fase oral de la literatura que precede a la aparición de la literatura escrita. Aunque aun sin saber esto (que estudiaremos más adelante), la simple lectura de los refranes aducidos hasta aquí en esta introducción ya deja claro que ponen la lengua en camino hacia la literatura. Son primeros embriones de literatura. (Son elementos lingüísticos, o sea palabras, combinados con la sensibilidad, la inteligencia y la belleza de lo que llamamos literatura..., solo que en su menor extensión.)

Se dirá con razón que hay mucho camino desde un refrán hasta *Cien años de soledad*. De acuerdo, lo concedo; pero precisamente un proverbio, un proverbio chino, observa que «Hasta el viaje más largo empieza por un paso». (Después de encontrármelo en una agenda, pregunté a Fan Cong, la mejor de mis alumnas chinas, si podía fiarme de esa fuente. Me dijo que sí, y añadió precisiones. El proverbio aparece nada menos que en el *Tao Tê-king* de Lao-Tsê. Traducido más de cerca, dice «El viaje de mil millas empieza por un paso». Los refranes fueron uno de los elementos que pusieron en marcha lo que acabaría siendo gran literatura. Fueron primeros pasos de ese viaje tan largo y tan gozoso.)

De manera que creemos ver en los refranes una función cognoscitiva y una estética. La estética tiene de por sí todo el valor que se le quiera dar. Yo personalmente no me quedaría corto en su valoración. Pero además realza el refrán, lo ensalza por encima de los actos lingüísticos comunes. Sumada la función estética a la cognoscitiva, vuelve el mensaje reconocible, especial, lo destrivializa, lo eleva, le da autoridad. Y esto no es un dato baladí a la hora de valorar la fuerza que puede adquirir en las paremias la función socializadora, la función cohesionadora del grupo que tiene el lenguaje.

Volvamos al punto en que nos hallábamos unas líneas más arriba. Decíamos que vemos en los refranes *aprehensión intersubjetiva de la vivencia*. Y estamos diciendo que son literatura. Pequeñas briznas de literatura. Pues bien: lo cierto es que la literatura, cuando de verdad te llena, parece ser eso precisamente, *aprehensión intersubjetiva de vivencias* (a veces de muchas, en una obra larga), y ello con una extraordinaria sensación de plenitud. Es por ejemplo leer las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique y pensar: sí, esto es el paso del tiempo, la vida es este fluir; y esto es comunicar a lo grande, esto es de verdad mi lengua expresando con tino y sensibilidad la vida. (O experimentar sensaciones muy análogas leyendo el *Otro poema de los dones* de Jorge Luis Borges, o las cuatro páginas de «Autobús a la estación», de Camilo José Cela, en *El gallego y su cuadrilla*, o el *Lazarillo de Tormes*... La lista sería larguísima, a Dios gracias.)

Es cierto que esa aprehensión intersubjetiva con que nos obsequia la literatura (con que nos obsequia y con la que nos guía a la hora de entender el mundo) no pertenece por igual al emisor y al receptor; mientras que la que nos confiere el vocabulario —al menos eso suele creer la gente—, sí. Pero, aunque el origen de esa aprehensión intersubjetiva de la vivencia esté en el escritor, si su obra gusta es porque ha hallado un eco bien claro —y gozoso, por lo intelectual y por lo estético— en el lector, en los lectores.

Pueden ayudarnos a ver claro todo esto algunas ideas de dos mujeres sabias: Rosa Navarro y Gemma Gorga. Empecemos por la mayor. En su libro *Pícaros, ninfas y rufianes* Rosa Navarro escribe:

No es fácil saber si los grandes escritores saben seleccionar de la realidad que ven una parcela y convertirla en materia literaria o si los lectores vemos en la realidad lo que hemos leído en los textos literarios.

Los lectores tendemos a ver el mundo como nos lo han pintado los escritores. (Lo cual implica, por descontado, que lo vemos con las formas, los volúmenes y los colores que dan a las cosas y a las vivencias del mundo las palabras y los refranes de la lengua.) Refiriéndose a un personaje de nuestra cultura que extremó mucho esta inclinación humana, Gemma Gorga escribió en *El mundo a través del libro*:

Don Quijote tensa la vocación heroica hasta el límite. Apaleado una y otra vez, vuelve a levantarse para ponerse en camino, inmune a la evidencia palpable del fracaso. Ni siquiera consiente la queja ante los reveses físicos y morales que recibe, pues, como le dice en una ocasión a Sancho, jamás se ha leído en un libro que caballero alguno se queje de las heridas que recibe. Por tanto, como el libro lo ordena, toca sufrir en silencio. [...]

Cada acto de don Quijote viene inspirado por algún acto similar que recuerda haber leído en sus amados libros, sean de caballerías o de pastores (de hecho, tampoco es tanta la diferencia entre ambos géneros, ya que constituyen manifestaciones de esa literatura de carácter utópico e idealista que subyuga al hidalgo manchego). Ellos contienen el código referencial necesario para vivir y para explicar la vida, a la manera de unas tablas de la ley que contuvieran todo problema y toda solución, pues son la autoridad sagrada y suprema. No es ya la experiencia la que rige la vida, sino la *lectio*. Don Quijote siente por los libros de caballerías una devoción entre supersticiosa y religiosa. Las relaciones del hidalgo con la novela caballeresca están calcadas de las que mantiene el devoto con los libros sagrados que le proporcionan un ejemplo y una regla. Cree en ellos ciegamente, siente un respeto infinito por la letra de su texto, los cita a cada momento, se los sabe de memoria y se refiere a ellos en toda ocasión importante de su vida. A don Quijote, la literatura le ofrece modelos a imitar y normas de comportamiento («Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído»), le dicta respuestas («Cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor»), regula su dolor («Y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ellas»), e, incluso, le indica cómo debe amar («Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros»). El modelo escrito tiraniza la realidad, la moldea, llega incluso a suplantarla.

Ahora bien, los propios escritores son lectores, y a menudo en grado sumo. Volviendo a Rosa Navarro:

Pero los escritores no suelen mirar a lo que los rodea, sino a lo que han escrito aquellos que les precedieron. Deja, sin lugar a dudas, mucha más huella lo que sucede en *La Celestina* que lo que ocurre en la vida contemporánea del escritor del siglo xvi.

O sea: también el escritor ve esa realidad partiendo más de textos anteriores que de la observación directa.

(A decir verdad, la observación directa de la realidad, para el común de los mortales, entre los que creo encontrarme, proporciona una imagen bastante caótica, o más exactamente un sorprendente

almacén de imágenes nada fáciles de ensartar con un mínimo de congruencia. Podría hacer muchas preguntas muy elementales sobre el presente, acerca de cuyas respuestas lo menos que puede decirse es que no hay acuerdo. En bastantes casos la mera formulación de la pregunta provocaría encendidos debates y pugnas para imponer unos términos y excluir otros. El presente se va haciendo más comprensible cuando se va alejando y se va convirtiendo en historia. O sea, en narración, ya dotada de una coherencia suficiente, de un sentido razonablemente claro. El pasado es un objeto más distante, del que seleccionamos muy poco, y la narración le da coherencia.)

La literatura y la historia implican así una labor de creación de sentido. Este sentido se construye en parte teniendo en cuenta la realidad, y en parte —acaso mayor— teniendo en cuenta el sentido de esta propuesto por «ensayistas» anteriores. Ciertamente el escritor y el historiador, por buenos que sean, se enfrentan a una tarea muy laboriosa.

Y en la vida, ¿no hacemos también algo así los hablantes? Para hablar, ¿no nos fijamos más en los actos lingüísticos previos sobre el mundo que hemos podido captar que en el propio mundo? Me parece claro que es así: entonces, habrá que admitir que la fuerza que tienen los refranes a la hora de dar cohesión a una comunidad lingüística es notable. Y lo fue mucho más, porque los refranes tuvieron mucho más uso antiguamente que en la actualidad. Hasta la Edad Media, los hablantes conocieron muchos más refranes y los emplearon con mucha más asiduidad que a partir de ella.

Este libro es, en parte, un refranero. Un refranero compuesto de tres bloques. (Por cierto: los refranes que recoge están anotados por un profesor de historia de la lengua. Me he preocupado de explicar todo lo que me ha parecido oscurecido por el paso del tiempo. Lo cual ha sido laborioso.)

Este refranero contiene todos los refranes en los que he podido encontrar alguna clase de reflexión lingüística (6.734); parte de los que me han parecido mostrar mejor el pesimismo radical que pueden llegar a alcanzar nuestras paremias (887); y parte de los que me han parecido valiosos por cualquier otro motivo, no ya como estudioso, sino como simple lector (1.446). Estos tres repertorios componen la parte final del libro. Permitirían hacerle una entrevista muy completa a cualquier ser humano. Tratan muchos aspectos de la vida que desde siempre se han considerado importantes. El lector, inevitablemente, unas veces se indigna, otras queda encantado, otras perplejo... La lectura del refranero funciona como un buen test psicológico. Con sus reacciones, el lector se retrata.

Este libro contiene también, al principio, un apartado en el que presento características de los refranes que me llaman la atención. Empiezo este apartado con las paremias que más suelen divertirme: los wellerismos.

Y en su parte central, este libro contiene varios estudios relacionados con los refranes. Uno de ellos versa sobre la reflexión lingüística en el refranero, mucho más realista que la de los libros de lenguaje que habrá manejado el lector en el instituto. Hablan estos libros de la función referencial, de la fática, de la conativa... Todo eso está muy bien, pero al refranero le preocupa mucho más lo que pueden traerle al hablante, bueno o malo, sus propios actos lingüísticos; lo que denotan los mensajes de los demás, etc. Cuando reflexiona sobre el lenguaje, el refranero suele mostrarse muy práctico, y, desde luego, nada ingenuo. Lo veremos con calma más adelante.

En esta parte central estudiaremos también el puesto de los refranes en la génesis de la literatura, siguiendo a Rodríguez Adrados. Observaremos vínculos entre las fábulas y los refranes. Nos preguntaremos por los orígenes latinos de una serie de paremias españolas. Y, al comprobar la presencia de fábulas, refranes y épica en las primeras fases del desarrollo de la literatura, procuraremos mostrar qué sucedió en la historia de España para que la épica que brotó de nuestra Edad Media lo hiciera precisamente en lengua castellana.

Grosso modo, esto es lo que va a encontrar el lector en *Un viejo maestro de lengua: el refranero*. El título pretende resumir dos ideas: que el refranero nos muestra con mucha perspicacia su opinión sobre el uso del lenguaje —una opinión que viene de hace mucho tiempo—, y que nos enseñó, también hace tiempo, a encarrilar en nuestra lengua una literatura que es hoy grandísima.

PRIMERA APROXIMACIÓN

Los wellerismos

En este libro vamos a estudiar más de nueve mil refranes. Una cifra así podría asustar. Puede que un buen modo de quitarnos el miedo sea empezar nuestro análisis con un grupo pequeño y, casi siempre, cómico. No sé si el lector conocerá un tipo de refranes a los que dediqué un estudio en 1988: los wellerismos. Su estructura más habitual es la siguiente: se formula primero una frase que, fuera de contexto, resulta del todo razonable. Entonces se aclara quién y en qué circunstancias la pronunció, y esto desencadena un efecto cómico. Veamos algunos ejemplos.

«Putá me ha de hacer esta burra, que me lleva a los pastores.» Y guiábala ella.

«Dios me lleve a España.» Y estaba beodo entre Yepes y Ocaña.

Yepes y Ocaña son localidades de la provincia de Toledo. Están, por lo tanto, en el mismísimo corazón de nuestro país.

«Palpo, pues no veo», decía a la moza el ciego.

«Tras los años viene el seso.» Y tenía setenta, y azotábanla por traviesa.

«¡Qué obra, y no se vende!», y eran ataúdes.

«Lo bien hecho, bien parece.» Y llevaba en el rostro una cuchillada de a jeme.

No solemos usar en la actualidad la palabra *jeme*. Así como un *palmo* tiene la longitud de una mano de hombre abierta y extendida desde el extremo del pulgar hasta el del meñique, un *jeme* es la distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar a la del dedo índice, separándolos todo lo posible.

«Lo que fuere, sonará.» Y estaba haciendo un tambor.

«Lo que se estrena, es cosa buena.» Y echábanle en la cárcel una cadena.

«¿Quién dijo miedo?» Y huyó al sonar un pedo.

«Con lo mío me ayude Dios.» Y lo decía un ladrón.

«Lo que abunda, no daña.» Y eran viruelas.

Por supuesto, no todos los wellerismos se ajustan perfectamente a este esquema. Puede ocurrir, por ejemplo, que nos ponga al corriente de la situación el propio hablante citado. Así sucede en este caso:

¡Válgame Dios, Asensio; dices que sudas y estás todo cagado!

Algunos se han alejado tanto de su forma original que ya no parecen wellerismos. Es cierto que yo de niño había oído alguno bien claro, como este:

«Apártate que me tiznas», dijo la sartén al cazo.

Aquí aparecen todos los elementos; salta a la vista que nos hallamos ante un wellerismo. En cambio, la situación es del todo diferente en el caso de este antiguo wellerismo, amputado, que yo le oía a mi abuela en Lorca:

¡Pues no es na el ojo...!

Ella me lo decía cuando algo a lo que yo no había concedido importancia la tenía, y en grado sumo. Años después de que mi abuela muriera, leyendo el *Refranero general ideológico español* de Martínez Kleiser, di con la forma original de este refrán, completa. Era un wellerismo bien claro, y su versión íntegra me desveló por qué decía mi abuela Nieves aquellas enigmáticas palabras cuando yo no había sabido actuar de acuerdo con la gravedad del caso:

«No es nada lo del ojo.» Y lo llevaba en la mano.

Tal vez se esté preguntando el lector por qué se llaman wellerismos los refranes de esta clase; a qué viene ese nombre extranjero. Sam Weller es el nombre de un personaje de Dickens. Este personaje llama la atención por usar este tipo de refranes en *Los documentos póstumos del Club Pickwick* (1837). Para dar al lector una idea de esos wellerismos de Sam Weller, escojo aquí ocho de ellos:

No hay nada que siente mejor que el sueño, como dijo aquella criada antes de beberse el vaso de láudano.

Si estimas en algo mi preciosa vida no me hagas volcar, como dijo aquel caballero al cochero cuando le llevaban a ahorcar.

Eso es lo que yo llamo una afirmación evidente, como dijo el que traía la comida para los perros, cuando la criada le dijo que no era un caballero.

Bueno, ya no sirve hablar de eso: ya pasó, y no se puede remediar, y eso es un consuelo, como dicen siempre en Turquía, cuando se equivocan de hombre al cortarle la cabeza.

Encantado, señora. Celebro conocerla, y espero que nuestra relación dure, como dijo aquel señor al billete de cinco libras.

Todo son buenos sentimientos; las mejores intenciones, como dijo aquel que se escapó de su mujer porque ella parecía desgraciada con él.

Es lo que yo llamo añadir el insulto a la injuria, como dijo aquel loro cuando no solo se lo llevaron de su tierra nativa, sino que además le hicieron hablar en inglés.

Siento mucho hacer nada que pueda causar una interrupción en estas agradables diversiones, como dijo el rey cuando disolvió el parlamento.

Veamos ahora algunos de los wellerismos españoles recogidos por Martínez Kleiser en su *Refranero*:

Dijo el muerto al degollado: «¡A fe que estás apañado!».

«Deus providebit», decía el cura, y arrastrábale la mula.

El cura decía, en latín, «Dios proveerá».

«En la pellejería de Burgos nos veremos», dijo una zorra, al despedirse de otra.

Dijo el verdugo al ahorcado: «Poneos a vuestro grado».

«Con la intención basta.» Y puso la mesa sin viandas.

Ea, caballeros, que entre señores no ha de haber pesadumbre; y eran tejedores.

«Quien cría, mata.» Y mataba una pulga entre las uñas.

«¡Todo al hombre está sujeto!» Y tenía una pulga entre los dedos.

«Si me perdiere, en la pellejería de Burgos me hallaréis», dijo la zorra a sus hijos.

Este primer capítulo, breve, no es mucho más que una manera de empezar a hacer boca. Pero estas pocas líneas ya comienzan a mostrarnos una de las facetas en las que el refranero nos sirve como maestro de lengua. En cierto modo, nos acaba de enseñar a contar una clase de chistes: los wellerismos. Hablaré en este libro, como ya lo hice en *Semántica de la palabra*, de las funciones del lenguaje. Veremos que el refranero no se interesa por las mismas que destacan los lingüistas. Sea quien sea el que tenga razón al destacar unas u otras, creo que el lector estará de acuerdo conmigo en que una función del lenguaje que debemos agradecer mucho es una posibilidad que nos brinda a todos los hablantes: la de formular nuestras vivencias con humor. Una posibilidad valiosa y sana.